

Brazo de hierro ataca

La mañana era tan hermosa en aquel lugar del Caribe, que nada hacía presagiar lo que iba a suceder muy pronto. Había comenzado con un amanecer glorioso, despuntando el sol por encima de las islas Caicos, que habían quedado sobrepasadas durante la noche. El disco rojo hacía espejear la superficie del mar, deslumbrando al vigía. Por eso, quizá demasiado tarde, gritó:

—¡Barco pirata a estribor*!

Los hombres que dormían en cubierta, tendidos en los cois* de lona o en las esteras, oyeron las voces aunque estaban adormilados y saltaron totalmente despejados, al escuchar el aviso amenazador que suponía la muerte inminente. Los que estaban bajo cubierta, en las hamacas, tardaron algo más en despertar, pero el contraмаestre, Simón Vélez, un andaluz seco y renegrado como la cecina pero con

músculos extrañamente vigorosos bajo la tostada piel, se apresuró a ponerlos en movimiento entre amenazas y puntapiés. Un barco pirata era algo demasiado peligroso para tolerar brumas de sueño en las cabezas. Había que disponerse a la lucha en un periquete.

—¡Todos a cubierta! ¡Zafarrancho de combate*! —voceó Simón Vélez.

Las órdenes y los gritos se sucedieron sin interrupción, creando lo que podía parecer un ruidoso y desordenado galimatías para un espectador no avezado a este tipo de situaciones. Pero todos los tripulantes sabían lo que tenían que hacer. Les iba en ello la vida. Un barco pirata, repleto de hombres despiadados, era lo único que podía poner los pelos de punta a la valiente tripulación de la *Virgen del Pilar*, una preciosa nao*, de bella estampa y grácil arboladura, bien armada con gruesos cañones en las amuras*, capaz de enfrentarse al más osado de los corsarios. Su capitán, don Pedro María Suescun de Tainta y Pons, veterano de las Indias, había salido de su cámara* antes de que la tropa estuviera presta a la defen-

sa. Todos los hombres le admiraban, tanto por su capacidad de mando y de atracción personal como por su poderosa envergadura, que lo convertía casi en un cíclope.

—¡Todo a babor*! —ordenó con voz poderosa, tras hacerse cargo de la situación—; les pasaremos por la proa*.

Era la mejor de las maniobras. Los piratas estaban a tiro de cañón, en la popa* de la *Virgen del Pilar*, como un mastín tras el conejo indefenso por su mala situación, ya que el navío español no podía defenderse, pues la mayoría de sus cañones estaban como era normal en ambas bandas. Los piratas habían calculado bien la forma de atacar. Ocultos por el brillo del sol radiante, contando con que la marinería estaría en la duermevela del amanecer, no esperaban una reacción demasiado rápida de sus víctimas. Por eso, la nao parecía presa segura. Pero no habían contado con la rapidez de movimientos del velero.

El capitán, un gigante de largos cabellos ondulados y barba bien recortada, luciendo ropas costosas, había salido de su cámara al oír la voz del vigía

y, aferrado al pasamanos del alcázar*, escrutaba con sus penetrantes ojos grises la maniobra de la tripulación.

—¡Más rápidos! —tronó—. ¡Nos están dando alcance!

En efecto, el barco pirata, con todo su velamen desplegado, acortaba distancias a ojos vistas, poniéndose de través para lanzar la primera andanada.

Don Pedro María, clavada la mirada en su enemigo, vio las nubecillas en las bocas de los cañones y casi al instante sintió el temblor del aire al cruzar muy cerca de su cabeza las enormes balas disparadas por el pirata.

Desde la cofa*, el vigía volvió a gritar:

—¡Es el *Luna de sangre*!

El capitán español notó que la marinería no podía contener una sacudida de terror. El *Luna de sangre* hacía honor a su nombre. A bordo llevaba la tripulación más cruel del Caribe, hombres sin ley, sin Dios y sin patria, capaces de las mayores atrocidades con tal de obtener pingües beneficios que derrochar después en orgías salvajes en Port

Royal; hombres que habían aprendido del más temible de los capitanes piratas, el maldito Stuart de Klerk. Este, más conocido como Brazo de Hierro, había perdido años atrás su brazo izquierdo en no se sabía bien qué pelea; en el muñón llevaba adaptado un aparejo metálico, sujeto con grandes correas, en el que ensamblaba un puñal, un sable o un garfio, según la ocasión, el capricho o la necesidad.

—¡Dos marineros más a la caña del timón! —ordenó don Pedro María, con voz estentórea—. ¡Doblad! ¡Doblad! ¡Todo a babor! ¡Más rápidos! ¡Soltad todo el trapo! ¡Abrid las portañolas* y preparad los cañones de babor!

Mientras unos tiraban de los cabos* para izar* todo el velamen, otros se apresuraron a disponer los cañones en ángulo de tiro, a la vez que los artilleros aprestaban las piezas metiendo por las bocas los saquetes de carga con la pólvora, los tacos que fijaban estos, convenientemente presionados con el atacador y, finalmente, las temibles balas de doce libras. Luego sacaron de las guardamechas* las mechas encendidas y esperaron la orden de apli-

carlas al oído* de cada cañón para lanzar la primera andanada.

—¡Fuego! —gritó el capitán español.

La nao se estremeció al ser disparados los cañones y el maderamen crujió por el retroceso de estos.

Únicamente una bala alcanzó al *Luna de sangre* pero con poco daño porque solo partió el pasamanos de cubierta y fue a perderse en el mar. Las otras o quedaron demasiado cortas o demasiado largas. No era un resultado catastrófico porque en el primer disparo resultaba difícil ajustar el tiro. A partir del segundo, los artilleros deberían ser más eficaces.

Mientras, los piratas habían recargado sus cañones. La segunda andanada no tardaría en llegar, previsiblemente con más riesgo para la nao.

Cuando esta se produjo, las balas cayeron todas al mar, a escasos metros de la proa del *Virgen del Pilar*, en clara advertencia de que debían arriar* velas o, en la próxima ocasión abrirían aguas en la línea de flotación.

—Quieren abordarnos —dijo Mateo de Inurria, alférez de la nao, que había llegado a la carrera junto

a don Pedro María para asistirle en el combate. El alférez estaba al mando de los soldados de infantería que constituían la escolta de la nave. Tras él corrían sus hombres a la defensa de la misma.

El veterano marino miró a su ayudante. Este era un joven de rubios cabellos, rostro aniñado y valiente hasta la temeridad. Había empezado siendo ballenero desde su Vizcaya natal, y enrolándose posteriormente en los galeones* de su majestad, para correr aventuras en el Nuevo Mundo. Don Pedro María lo había aceptado en su nao, porque apreciaba su sensatez y valentía.

—¡No vamos a capitular, alférez! —exclamó—. Todos sabemos lo que nos espera si lo hacemos.

—En efecto, señor. ¡Vamos a darles lo suyo! No somos principiantes.

—Adivino lo que maquina Stuart de Klerk: quiere apoderarse de nuestra nao. La ambiciona demasiado para arriesgarse a hundirla con su artillería. Eso nos da ventaja. —Y gritó—: ¡Preparad balas de cadena*! ¡Alzad las miras!

El *Luna de sangre* se acercaba a ellos a todo trapo. A la corta distancia que les separaba, era

fácil ver que sobre cubierta estaban todos los corsarios, armados hasta los dientes, blandiendo sables, espadas y hachas que agitaban sobre sus cabezas mientras aullaban como verdaderas fieras sanguinarias y lanzando destellos de codicia sus abyectos ojos.

—No podemos permitir que nos aborden o esto será una carnicería. —Don Pedro María ya había visto que sus artilleros tenían prestos los cañones y gritó—: ¡Fuego y malditos si no acertáis de pleno!

La nao lanzó un inmenso crujido al sentir el retroceso de los cañones de babor. Pareció que saltaba sobre las olas, tanta era la potencia artillera.

Los tres primeros cañones de babor habían sido cargados con balas de cadenas, mortíferos proyectiles compuestos por pesadas balas de plomo unidas por una cadena. Estas se usaban para desarbolar las naves enemigas. Lanzadas contra las vergas*, se enroscaban en estas, arrancándolas de su fagonadura*.

El trinquete* del *Luna de sangre* pareció que era arrancado de cuajo, como si una mano gigan-

tesca lo quebrase. El palo cayó sobre cubierta con gran estrépito, dispersando a los piratas, no sin alcanzar a varios de ellos, que quedaron pierniquebrados, entre grandes gritos de dolor. Las lonas envolvieron a buena parte de la tripulación corsaria, al caer sobre cubierta, causando la mayor confusión.

No obstante, los cañones de popa, junto al palo de mesana*, pudieron disparar. La nao se tambaleó por la andanada. Esta había sido certera, al menos en parte. El barco comenzó a girar sobre sí mismo, rota la pala del timón. El piloto comprendió en seguida lo ocurrido:

—¡Nos han acertado en la madre*! —gritó aterrorizado. La *Virgen del Pilar* era, desde ese momento, un barco a la deriva, que no podía ni huir ni ser gobernado.

—¡Arriad velas! —decidió el vigoroso capitán—. ¡Disponed el empalmetado*! ¡Aprestad jaretas* y bicheros*! ¡Abordaje! ¡Abordaje!

El barco pirata estaba peligrosamente cerca, aunque había perdido el trinquete. Por el contrario, la nao castellana vagaba al garet*. No cabía

hacer nada sino pelear cuerpo a cuerpo, vendiendo cara la vida. Los tripulantes ignoraban si sus contrarios eran más numerosos, pero nadie se hizo semejante pregunta. Lo único importante era pelear sin descanso, sin dar ni pedir cuartel. Otra cosa habría sido temeraria y el principio del fin.

Visto tan próximo, el *Luna de sangre* era, ciertamente, amenazador. En las bordas*, una turba multa de guerreros despiadados que no tendrían misericordia con sus víctimas. Al frente de ellos, don Pedro María vio el corpachón desmedido y la roja pelambreira de Brazo de Hierro, el pirata más sanguinario del Caribe, con un gran sable unido a su muñón de hierro y una pistola en la otra mano.

—¡A por ellos! —oyó que gritaba Stuart de Klerk.

El impacto de ambos navíos fue terrible. Perdido el equilibrio, todo el mundo cayó por la cubierta de la nao. Los piratas, por el contrario, asidos a los cabos de sus velas, se mantenían en pie. Un instante después del impacto, la turba de piratas se lanzó a la cubierta de la nave entre gritos estremecedores.

En aquel momento salió a la toldilla*, procedente de una de las cámaras, una muchacha extraordinariamente bonita, alta, y flexible, con su rubio pelo suelto y ataviada con una simple bata adamascada. Se notaba que acababa de despertarse porque aún parpadeaba por el reflejo del sol.

—¡Cuidado, papá! —gritó al advertir el salto felino de un pirata a espaldas de don Pedro María. Este se volvió de inmediato y paró con su espada el mandoble asesino que le había sido destinado, mientras ordenaba:

—¡Adentro, Isabel! ¡Este no es sitio para ti!

La muchacha se movió con la agilidad y la flexibilidad de un gato silvestre. Era casi una niña pues no había pasado de los quince años. Se agachó, cogió el alfanje del pirata que su padre acababa de atravesar y se enfrentó a otro que se había encaramado tras el primero, en busca del capitán, seguro de que si lo mataba cesaría toda resistencia en la tripulación.

—¡A mí! —gritó el bravo don Pedro María, pidiendo ayuda al alférez Inurria, para salvar a su hija.

Pero esta no estaba apurada lo más mínimo. Con una bonita sonrisa en sus labios paraba los estoconazos que le lanzaba el pirata, sorprendido de que una muchacha aparentemente tan frágil pudiera oponerle resistencia. No se daba cuenta de que frente a la fuerza bruta de él, se encontraba alguien de una agilidad y elegancia de movimientos portentosa. Era como la lucha de un felino contra el pesado rinoceronte.

Mateo de Inurria quedó un momento paralizado, admirado del arrojo y valentía de Isabel, y de su fina danza en torno al enfurecido corsario, que no acertaba más que a dar mandobles al aire, como si Isabel fuera tan solo una sombra en la resplandeciente mañana.

Cuando el alférez se puso al fin en movimiento, Isabel se había lanzado a fondo contra el pirata, al que hizo saltar por la borda perdiendo todo interés por el abordaje.

—Por Dios, Niña Isabel. Este no es sitio para ti. Te llevaré a tu cámara. Deja esta pelea para los hombres.

—¿Acaso no está en juego también mi vida?
—preguntó, con una sonrisa burlona en sus labios.

—No te pasará nada. Yo te protegeré. Vamos. Confía en mí.

Llevó a la hija del capitán hasta su camarote y le pidió, tratando de ser autoritario:

—No salgas de aquí. Vendré a buscarte cuando hayamos acabado.

Cerró la puerta acto seguido y corrió al alcázar, donde don Pedro María se las veía con varios piratas.

Mientras, Isabel dejó el alfanje a un lado y se vistió rápidamente con unos calzones de fino tafite, camisa blanca y botas hasta la rodilla. Luego tomó un pañuelo de un arcón donde estaba su ropa y se envolvió con él la cabeza, ocultando los rubios cabellos. No quería que nadie la reconociera como mujer, y pudiera pensar que era presa fácil. Tenía un propósito e iba a cumplirlo. Sus ojos verdes habían visto la magnitud del apuro en que se encontraban cuantos se hallaban a bordo de la *Virgen del Pilar*, y estaba dispuesta a aportar su esfuerzo para tirar por la borda a todos los piratas que habían osado abordar la nao. Sabía manejar una espada tan bien como un hombre. Había

aprendido el arte de la esgrima de su profesor napolitano, y aunque no tenía la fuerza de un hombre, superaba a cualquiera en agilidad y valentía. El espadachín italiano le había dicho que resultaba casi imposible alcanzar su cuerpo con la punta de la espada, dada su flexibilidad e intuición para huir de la puntiaguda arma de su enemigo, como si esta le avisase antes de llegar a su tierna carne.

Salió de su cámara, tomó un arco que colgaba de un mamparo y una aljaba con flechas, colgados como elementos decorativos del barco, y abrió la puerta de la toldilla.

Fuera, su padre y Mateo de Inurria no llevaban la mejor parte. Estaba claro que el número de piratas sobrepasaba al de los marinos españoles, y que estos no iban a resistir mucho más.

Por eso, tendió el arco, aprestó la flecha y disparó con enorme puntería, alcanzando al que estaba a punto de atravesar a Mateo. Este lanzó un grito de contrariedad al verla, si bien le envió una sonrisa de agradecimiento. En unos instantes, Isabel había alcanzado a tres o cuatro piratas más; no mortalmente, pero sí hiriéndolos lo suficiente

como para que perdieran todo entusiasmo por la lucha. Su intervención valió para limpiar la toldilla de enemigos. Don Pedro María sacudió el aire con la mano, empujando a su hija con gestos hacia el interior y, sin comprobar que había sido obedecido, saltó junto con su alférez al entrepuente para precipitarse a la lucha con el arrojo de un oso furioso.

Detrás de Isabel sonó la puerta. Esta se volvió como un gato, pensando encararse con un pirata, pero en el quicio de madera barnizada y bellamente torneada encontró a Palabras, un viejo marinero mudo que desde siempre acompañaba a su padre en sus expediciones, debido a su lealtad y su capacidad para encargarse de cualquier misión que se le encomendara. En cierta ocasión antes de embarcar, hablándole de Palabras, a quien apreciaba profundamente por su lealtad y sensatez, su padre le había dicho: «Obedécele como a mí. Es muy cabal. Estará siempre a tu lado para ayudarte en lo que sea».

Palabras emitió unos gritos guturales con su boca desprovista de lengua que le había sido cor-

tada por los piratas berberiscos en Orán. A partir de ese momento, sus compañeros de navegación empezaron a llamarle Palabras en cruel burla por su forzado silencio, haciéndole olvidar su propio nombre. Isabel vio cómo su tutor movía las manos en un lenguaje que ella había aprendido de niña.

—Estás loca —entendió Isabel—. No puedes pelear con estos salvajes. Eres una niña.

—Soy la mejor con una espada en la mano —replicó, rabiosa, Isabel. Palabras se atrevía a decirle cosas que a nadie le habría consentido.

—Eres la mejor pero no la más lista —se enfadó el marinero mudo—. Ven conmigo.

—No puedo abandonar a mi padre. Me necesita —replicó.

—Le ayudarás mejor si le haces caso y no le tienes preocupado por tu seguridad. —Las manos de Palabras se movían a una velocidad vertiginosa, exponiendo sus argumentos.

—¿Tienes miedo? Todos somos necesarios ahora —respondió Isabel, con evidente injusticia.

Inmediatamente sintió haber dicho aquellas palabras. El fiel amigo y servidor mostró un rostro sombrío y dolorido.

—Yo obedezco siempre a mi señor —manoteó con gran esfuerzo—. Con gusto daría mi vida por él, pero me hizo jurar que siempre te cuidaría y que debía desentenderme de todo con tal de ayudarte. Es lo que estoy haciendo. —Y se esforzó en mostrarse autoritario—: Si no me acompañas te daré unos azotes en ese trasero de niña caprichosa que tienes.

Isabel corrió hacia él, abrumada por aquel dolor.

—No eres un cobarde, Palabras. Perdóname. Es que me sublevo por no poder ayudar a esos valientes.

El mudo la cogió por los hombros con inmensa ternura.

—Tienes la sangre brava de tu padre. No te ciegues. Lo prudente ahora es esconderte de esos malditos. Si te apresasen, tu padre tendría que rendirse, y eso sería la muerte de todos... o algo peor —le dio a entender.

Palabras cerró la puerta de la toldilla, la aseguró con una barra de hierro para atrancarla, y empujó a Isabel por el pasillo.

Bajaron por las galerías de popa, internándose en las profundidades del navío. Llegaron así al sollado*, alumbrándose con un farol que Palabras mantenía en alto. El fragor del combate sonaba muy lejano. En cambio era mucho más perceptible el crujido del maderamen que conformaba la quilla*, así como el chapoteo del agua filtrada en la sentina* durante la larga travesía desde Puerto de Santa María. Una vez en el muelle habría que calafatear* bien las costuras* para impedir el paso del agua.

Palabras iba delante, bastante rápido, urgiéndole el peligro, mientras hacía atravesar a Isabel la despensa, la armería, el pañol de cabos y, finalmente, el pañol de velas. Más allá estaba el entabicado, con muros de cal y canto para proteger los barriles de pólvora de un fuego ocasional o una chispa. El viejo marinero se detuvo entre los fardos de velas y posó el farol sobre el más alto para que Isabel viera sus manos y pudiera comprender el mensaje que quería transmitirle:

—Te esconderás debajo de estas velas plegadas, sin moverte ni salir, pase lo que pase.

—¿Me vas a dejar sola?

—Sí, niña. —Cruzaba dedos y manos—. Vendré en cuanto pueda.

—Pero...

—Sí, ya sé que huele mal y que hay ratas, pero son compañía mucho mejor que los piratas de arriba —concluyó Palabras.

Levantó unos pliegues de lona, bajo los que Isabel se deslizó ágilmente. Luego, el viejo guardián dio media vuelta y se marchó, llevándose la única luz.

Antes de darse cuenta, Isabel se vio sola y a oscuras. Aunque era valiente, sintió una punzada de aprensión en el pecho. Arriba, en el puente*, la batalla continuaba.